

Los delirios de El Gaviero

Entre tanto ruido editorial, se hacen necesarias propuestas serias y atractivas. Y es por ahí por donde se sumerge, aún a apnea, esta editorial que ha logrado hacerse un hueco en la vecindad de la edición

REPORTAJE

Juan Manuel Gil
Escritor Premio Andalucía
Joven de poesía



El mundo de la edición vive momentos de incertidumbre. Los grandes grupos del sector muestran su intranquilidad ante la que será su futura política de actuación. La era digital y, en concreto, Internet, abren posibilidades que permiten respirar al papel con cierto alivio. Aunque poco, la verdad. En este país, salen a la calle anualmente unos 70.000 volúmenes, a pesar de ser uno de los lugares donde menos se lee, según las últimas estadísticas. Y las prisas, el frenético consumismo, la poca implicación con la labor editora y el mal gusto de algunos responsables conducen a pavorosas ediciones. Por nuestras manos pasan libros institucionales, promociones quiosqueras y volúmenes con filigranas en pan de oro. Todos ellos de un gusto más que dudoso. Subestiman la información que nos permite el tacto, el peso, el color o el tipo de letra. Así que entre tanto ruido editorial, se hacen necesarias propuestas serias y atractivas. Nuevas voces que se atreven a batallar con las de siempre, esgrimiendo exclusivamente su fino olfato y la calidad de la forma y del contenido. Y es por ahí por donde se sumerge, aún a apnea, El Gaviero ediciones.

Los responsables de esta jovenísima editorial son Ana Santos y Pedro J. Miguel. Ellos, y un grupo de incondicionales que les hace decir aquello de mereció la pena tanto trabajo: su mejor aval desde que, hace ya algunos años, decidieron crear Salamandria, revista de este sur. Así que no es nada nuevo que eso de vivir lo practiquen entre anaqueles y cajas de cartón hinchadas de tanto libro a la espera de ser distribuido. Es fácil que su casa huela a tinta y a cartoncillo bigris.

A pesar de la juventud de El Gaviero -trece títulos distribuidos en cinco colecciones en menos de dos años-, han logrado hacerse un hueco en la difícil y endogámica vecindad de la edición, al menos en lo que se refiere al respeto profesional (las grandes superficies y las poderosas distribuciones son paja de otro costal). Y las claves parecen residir en una constante supervisión de las tareas de diseño e impresión, una fluida relación con sus autores, la autodistribución y el hermoso delirio de quien acaba de empezar en el sector. Este es su manual de supervivencia.

Manual de supervivencia

Si algo ha preocupado a esta editorial desde sus comienzos ha sido, entre otras muchas cosas, reivindicar el libro como objeto estético, además de "su valor de universo infinito". De este mo-

■ Si algo ha preocupado a esta editorial desde sus comienzos ha sido reivindicar el libro como objeto estético. El buen editor no corta y pega. No es un correo electrónico ni una dirección postal a la que enviar la obra. El buen editor también es una foto, una nota al margen del folio aún sin coser.

do, no busca competir con las grandes editoriales, sino ofrecer un producto totalmente distinto. Por eso sabía que el cuidado en las tareas de diseño e impresión eran de especial importancia; una costumbre -neurótica, en ocasiones- que acompaña a sus responsables desde los comienzos de Salamandria. Cualquiera que hojee alguno de los títulos de El Gaviero sabrá que una parte de la información queda reservada exclusivamente a la epidermis del libro y al indiscreto tacto.

Siempre he pensado que la figura del buen editor tiene algo de terapeuta para el escritor que le entrega su manuscrito. Pone en sus manos una muestra de la enfermedad que lo ha tenido recluido tanto tiempo, y espera que analice y dictamine por qué sufre o de qué adolece. El buen editor no corta y pega. No es un correo electrónico ni una dirección postal a la que enviar la obra. El buen editor también es una voz, una nota al margen del folio aún sin coser. Y Ana y Pedro parecen tenerlo muy en cuenta. De ahí que en su catálogo figuren tanto jóvenes escritores que buscan descosidamente esa terapia editorial (Natalia Manzano, Ana Gorría, Antonio García Fernández...) como los que, tras un sólida trayectoria literaria, agradecen la responsabilidad, el trabajo y la libertad (Juan Antonio González Iglesias, Julia Barella, Luis Alberto de Cuenca...). El resto está escrito. Obras como 'Araña', 'Apnea' o 'La eterna promesa', por mencionar algunos títulos, demuestran el talento de sus autores y el vivo olfato editor de El Gaviero.

En otro punto totalmente opuesto, reside la distribución: una tarea más que delicada. La mayoría de las edito-

riales corren el riesgo de desaparecer por falta de capital -como cualquier otra empresa. La inversión es importante y, a veces, la respuesta del comprador bastante anémica. Si tenemos en cuenta que un distribuidor se queda con una cantidad que oscila entre el 40 y el 60% del precio, y la librería con un 30%, no parece mala opción la de autodistribuir sus libros según la demanda y la confianza que algunos libreros depositen en ellos. Esto les supone, por ahora, que los libros no lleguen físicamente a las librerías más representativas de todas las comunidades. Sin embargo, ya han conseguido distribuir en Almería, Granada, Córdoba, Madrid, Logroño y Barcelona. El ámbito geográfico restante lo atienden mediante una eficiente gestión de su propia página web (www.elgaviero.com), a través de la cual tramitan unos pedidos que semana a semana van creciendo, una venta directa que les permite abaratar precios gracias a las nuevas tecnologías.

Lo que queda ya es el delirio de El Gaviero. Sus decenas de proyectos que ven tierra en el horizonte o quedan en un qué pasaría si. Sus innovadores diseños, sus propuestas arriesgadas y los cuidados de cualquier orfebre manifiesto. Andalucía necesita de ensañones de cartón como las que nos proponen estos jóvenes editores. En plena epilepsia del mundo editorial, regido por las imposiciones del mercado, resulta cada vez más difícil encontrar la pequeña revolución y la frescura que trae consigo cualquier libro de El Gaviero. Parece razonable, pues, que los lectores cuidemos de él, tanto como él, desde la gavia, vela por sus libros.